

¿PODEMOS PRESENTAR LA SALVACION COMO REALIDAD EXPERIMENTABLE?

*Ensayo de Klemens TILMANN **

No creemos exagerar si decimos que, por lo general, nuestros cristianos no sienten el hecho de nuestra Redención como cosa vital. Conocen, por el catecismo que un día aprendieron, lo principal acerca de la salvación o acto redentor; pero esta verdad fundamental de su fe apenas significa nada para su vida, para el conocimiento del propio ser íntimo; de hecho, no les es una realidad vital. Evidentemente, esta situación no puede ser buena. Por esto formulamos dos preguntas: 1.^a ¿Cómo llegó el fiel a este estado? 2.^a ¿Qué podemos hacer los pastores para cambiar esta situación?

A la primera pregunta podríamos responder que esta deficiencia en el conocimiento de la fe nació del mal método seguido en la catequesis. En ciertos sistemas catequísticos, ya trasnochados, se deducía el dogma de la moral, presentándolo bajo la etiqueta del deber. El catecismo se desarrollaba a partir de un triple «deber»: debemos creer, debemos cumplir los mandamientos y debemos recibir los Sacramentos para poder entrar en el cielo.

Se comprende que con una presentación tan unilateral de la salvación, resultara harto difícil captar el valor vital que ésta lleva consigo. No sólo el catecismo, sino también la misma teología de la Redención incurrió en notable unilateralidad. Apenas se relacionó el pecado personal con la culpa de Adán; ni siempre se relacionó debidamente la recepción de la gracia con el perdón de los pecados; ni la resurrección con la muerte del Salvador; ni la redención (ya sea la actual, ya la perfecta y completa en el Reino de Dios) con la

(*) Sabido es que para los hombres de hoy cuentan más los hechos tangibles que las ideas y sistemas. ¿No sería posible, y aun conveniente, mostrarles la Salvación desde esta perspectiva? Tal es el sentido de este artículo del doctor Tilmann, ya conocido de nuestros lectores (cfr. SINITE 3 [1962] 3-17).

El autor, prescindiendo de la experiencia directa o mística, muestra intuitivamente y con indiscutible unción y profundidad que la Salvación cae bajo la experiencia por sus efectos: el paso de una vida dañada por el pecado a una nueva y jubilosa vida de fe. (*N. de la R.*)

histórica acción salvadora del pasado; ni la integración del cuerpo y el mundo con el dinamismo del alma. No siempre fue debidamente resuelta la ya clásica objeción: «¿Cómo se puede decir que hemos sido librados del pecado, si pecamos todavía?»

Estos fallos son superados cada vez más en la catequesis actual. Pero la predicación de la fe a los adultos y jóvenes, y quizá también la que se dirige a los niños, aún sigue obstaculizada por un defecto.

1. *El defecto de la falta de experiencia.*

Todo lo que hemos mencionado como propio de la salvación pertenece ora al pasado (Muerte y Resurrección de Cristo), ora al futuro (plenitud de la salvación, al fin del mundo), ora a algo que no es metafísicamente experimentable (perdón de los pecados, recepción de la vida de gracia). De este modo, la doctrina de la salvación parece totalmente ajena al ámbito de lo sensible, palpable, vital.

Mas sabemos que la salvación no es sólo un cambio de nuestra situación legal respecto a Dios, mediante la destrucción de nuestra culpa. Tampoco puede desarrollarse la nueva vida, en modo alguno, exclusivamente en las profundidades inexperimentables del alma.

Somos hombres, y como tales hemos sido rescatados. Nuestra vida se desenvuelve por medio de relaciones, actitudes y acciones, cosas todas experimentables. Debemos, pues, presentar la esencia de la Salvación en relación con el hombre salvado en su totalidad, es decir, en su vida, en sus conocimientos, anhelos, actitudes y hechos. Y todo eso es para él experiencial.

Vamos a intentarlo. Empezaremos reflexionando sobre el modo cómo el hombre, en su ser más profundo, se muestra a nuestros sentidos.

2. *¿Cuál es la estructura interna del hombre?*

Consideremos al hombre en una situación extrema: solo y en la oscuridad. ¿Por qué esta situación le resulta inaguantable? La respuesta es obvia: el hombre ha sido creado para vivir en relación con lo que le rodea, con el mundo. Quiere ver cosas, quiere oír, percibir, tocar, transformar... En estas relaciones se va perfeccionando su vida. En la oscuridad, estos medios de vida son cortados, imposibilitados. De ahí el dolor.

También el aislamiento atormenta. El hombre, por naturaleza,

está llamado a vivir y tratar con otros hombres: percibirlos, caminar con ellos, dar y recibir, enriquecer y ser enriquecido. Mas esta realización de su íntimo ser personal es imposible en el aislamiento. De ahí que el aislamiento sea un medio de castigo —las cárceles— y pesada carga para quien debe soportarlo.

Cuando el hombre ha terminado su arresto, se siente libre, rescatado. Puede vivir de nuevo según las relaciones que exige la esencia de su ser: puede percibir el mundo, producir cosas, comunicarse con los hombres y, tratando con ellos, sentirse libre, negociar y ganar, amar y ser amado, y de este modo, ser hombre. Sólo así puede decirse, con toda verdad, que vive como hombre, pues sólo por estas relaciones se actualiza la mayor parte de la vida humana.

Profundicemos un poco más. En todas estas actividades, el hombre puede sentirse prisionero, no ya por la detención o coacción externas, sino debido a obstáculos interiores. Una muchacha corporalmente sana, pero muy neurótica, sabe bien qué libertad, qué plenitud sentiría si pudiera abrirse al joven que la pretende. Mas un desorden interior se lo impide. Decidida, se somete a un tratamiento sicoterapéutico, y cuando caen las ocultas trabas, se siente liberada, salvada, «redimida». Ahora ya puede buscar una honda plenitud de su ser en el matrimonio.

Algo parecido nos ocurre a todos en nuestras relaciones con Dios.

Por una parte, podemos afirmar, tras serena observación, que lo más íntimo de la persona humana no ha sido creado solamente para relacionarse con el mundo y con sus semejantes, sino también y muy especialmente con Dios. Para percibirlo claramente, basta preguntar cuáles son los más ardientes deseos del hombre. En la respuesta figura una larga serie de íntimos y personales anhelos: aspiración a ser considerado, comprendido, estimado, reconocido en su valor; poder convivir serenamente y sin ruborizarse; poder honrar y obsequiar sin sentirse decepcionado; ser amado y poder amar; sentirse seguro, respetado y, a través de todo esto, vivir en orden consigo mismo y con la existencia. Pero tales deseos sólo se cumplen parcialmente en las relaciones intramundanas. Por consiguiente, aquí vemos y palpamos de manera indubitable que el hombre se afana por algo que no es de este mundo, es decir, por Dios.

Por otra parte, el hombre, en su trato con Dios, se encuentra impedido, obstaculizado, no perfectamente libre. Muchos no rebasan los límites de una oscura tendencia. Otros han abandonado o truncado

su relación esencial con Dios, por una especie de automutilación. Pero incluso los mismos cristianos fervientes notan cuán poco claro y tangible es que nuestras relaciones con Dios estén en orden, sean «normales», es decir, que Dios sea para nosotros tal como en sí realmente es, y ocupe el puesto que le corresponde.

3. *Nuestras relaciones con Dios están dañadas.*

El cabal conocimiento de esta falla sólo pueden experimentarlo los creyentes; es la evidencia de que la vida del hombre no sigue los cauces de una auténtica relación con Dios.

La doctrina del pecado original y de su nefasta herencia nos descubre las más profundas raíces de este hecho. Trátase de un hecho experimentable. Para comprenderlo, basta nombrar la palabra *pecado*. Con todo, vamos a esclarecerlo, para mayor eficacia, considerando varios ejemplos o manifestaciones.

1) Todo lo bueno viene de Dios, es regalo de su amor. Ahora bien, por una parte aprobamos de todo corazón al niño que, al recibir un regalo de sus padres, lo agradece vivamente, quizá con un cariñoso y regocijado beso, porque ve en el regalo el amor de sus padres; mas, por otra parte, tendemos a recibir las cosas y amarlas sin pensar lo más mínimo en Aquel de quien provienen. Amar a Dios en todo y sobre todas las cosas, como decimos en algunas oraciones del misal, debería ser el modo ordinario y normal de relacionarnos con Dios. Pero, ¡cuánto esfuerzo no se requiere para avanzar por este camino! He aquí un signo palpable de que nuestras relaciones con Dios están falseadas, pues en el trato con El no hacemos lo que la naturaleza nos dicta.

2) Dios es la realidad primera, y todas las demás cosas sólo existen por él. Por tanto, todo debería servirnos de puente para ir a El. Pero vemos que las cosas y hombres que nos rodean nos parecen más reales que el mismo Creador; nos sentimos mucho más atados y dominados por ellos que por Dios.

Sin embargo, nada más normal que no tener más fin en todo que Dios, único Señor, dominador de todo lo existente, que conduce el universo a la meta que le prefijó; esto es lo único exacto, lo único conforme a la verdad, la sola actitud saludable frente a Dios. ¿Lo hacemos así? ¡Qué dañada está nuestra postura respecto a Dios!

3) Toda nuestra vida está envenenada por la doblez y el engaño; está deformada por la presunción. Estamos inclinados a creernos algo, a gloriarnos de nuestra agudeza, de nuestro poder, belleza,

etcétera, y olvidamos que todo lo hemos recibido (1 Cor. 4, 7). Instintivamente, consideramos como totalmente nuestro el pequeño caudal de que disponemos, y olvidamos que sólo es un préstamo que debemos administrar. Vivimos como si nadie más que nosotros rigiera nuestra vida; no damos a Dios la iniciativa, ni le consultamos ni dejamos que nos guíe su mano providente.

Tendemos siempre a realizar nuestros planes según la propia iniciativa. A lo sumo, pedimos a Dios que nos bendiga. Pero no pensamos en los designios que el amor de Dios tiene sobre nosotros, ni en la Providencia que todo lo dirige al logro de los planes trazados por su sabiduría y amor.

Es verdad que, en principio, estamos dispuestos a reconocer todo esto y aceptarlo; fundamentalmente, estamos redimidos, bautizados y creemos. Pero aun el cristiano de mejor voluntad sabe por experiencia cuán imperfectamente vive; cuántas veces desoye ocultos remordimientos, impulsos y estímulos que le empujan a vivir con sinceridad en la presencia de Dios; cuán a menudo se despreocupa de sus actitudes y hechos pecaminosos.

4. *La doctrina del pecado original y de la concupiscencia.*

Teniendo presente la dura realidad de lo dañado de nuestra actitud para con Dios, nos será más fácil responder a ciertas preguntas sobre el pecado original y sus consecuencias. Hablando de los recién nacidos, se objeta a menudo: «¿Cómo puede haber algo pecaminoso en un niño tan pequeño?»

Para responder, podemos valernos de los ejemplos anteriormente expuestos. Incluso en el campo de lo experimentable podremos comprobar muy pronto algo de la dañosa herencia; es fácil, ya en edad muy temprana, ver que hay algo que inficiona las relaciones del niño con Dios. El mal no se reduce a no captar nosotros la invisible carencia de la intangible gracia santificante, vemos también que la actitud del niño para con Dios no es la de un buen hijo para con su padre.

El apartamiento de Dios, ocasionado por el pecado original, produce como consecuencia en nosotros, sus víctimas, alejamiento de Dios, desviación de la recta actitud, embrutecimiento, degeneración; y, por cierto, todo ello en el campo de lo tangible, visible. Viceversa, la vida de gracia nos permite reedificar, en colaboración con Dios, nuestra polifacética vida. Sabemos lo que ocurre con un iceberg: en su mayor parte navega oculto, sólo permanece visible un trozo, que

delata la presencia de la mole helada. Así sucede con la Redención y la concupiscencia: también emergen claramente al nivel de lo experimentable.

5. *Nuestras dañadas relaciones con el prójimo.*

El pecado significa obstáculo, aislamiento de Aquel sin el cual no podemos vivir en manera alguna. Mas el pecado no nos separa solamente de Dios, también nos distancia del prójimo. La capacidad de entrega que, como hemos visto, se encuentra dañada respecto de Dios, lo está igualmente respecto del prójimo. El yo se paraliza en sí mismo.

El pecado es siempre un alejamiento de Dios y del prójimo. Esto sucede en todo pecado, ya sea robo o mentira, impureza solitaria u odio, pecado contra los padres o contra la comunidad. Mientras el hombre se obstina en este aislamiento, no puede ser redimido. Su mejor y más profundo ser está muerto. Es semejante al hombre cercado de tinieblas. Se ahoga en su propio yo. Por esto, muy a menudo el primer paso que lleva a la liberación es declarar a otro el propio pecado, salir así de la infernal soledad (el infierno es el aislamiento total en el que el yo desea destrozarse a sí mismo) y establecer los primeros contactos con una comunidad; es el vestíbulo del amor.

El hombre de mal humor, que se irrita fácilmente, que busca los goces y seducciones del mundo, hombre malo y desgraciado a la vez, es el cuadro más expresivo de la parte irredenta del ser humano.

6. *La Redención da plenitud a nuestras relaciones con Dios.*

Cuando Cristo dijo: «He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jn 10, 10), no pensaba solamente en la vida futura o en realidades invisibles, tales como la inhabitación de la Santísima Trinidad o la recepción de la gracia bautismal en el niño. Ciertamente, esta abundancia será tanto más profunda y plena cuanto más maduras e interiores sean nuestras relaciones con Dios. Pero *algunos* aspectos de esta plenitud de vida son sensibles y perceptibles para todos los que aman a Dios. Por tanto, debemos mostrárselos, para que lleguen a una mejor inteligencia de lo que es la obra de la salvación. He aquí algunos ejemplos.

1) Quien, creyendo y orando, se esfuerza continuamente por ver un *regalo personal de Dios* en *todos los bienes* que recibe, pronto experimenta una profunda y nueva alegría. No sólo se alegra por las cosas que él, como los demás hombres, pueda poseer, sino que, sobre

todo, se goza viendo constantemente el amor del Padre celestial, porque tiene la mirada puesta en el Dador. En los sucesos naturales, en la visita del amigo o en cualquier otro acontecimiento, él, hombre redimido, ve siempre al Dador de todo bien, al Padre, a quien ama «en todas y sobre todas las cosas».

De este modo, toda su vida se transforma: siente brotar en sí nuevas fuerzas para el quehacer de cada día, se ve libre de multitud de ataduras que estorban nuestro caminar, y, en fin, experimenta gozosamente que le ha sido concedida una parte en la «plenitud de la vida».

2) El hombre que se entrega por completo a la Providencia divina, sabe que *todo cuanto le sucede* está dirigido para su provecho por la mano omnisciente e infinitamente amable del Padre. De ese Padre que no tiene más designio en su corazón que sanar al hombre, salvarle y, echándole las manos en torno al cuello, abrazarle tiernamente. Entonces los sucesos más insignificantes adquieren su verdadera dimensión, incorporándose a esa historia de amor que es la historia de todo hombre que vive como redimido.

¡Qué plenitud de vida brota de este continuo encuentro con el Amor del Padre, Amor que cuida, conduce y educa! ¡De qué modo se iluminan con nuevas luces las cosas y los acontecimientos! Son como espejos que reflejan al mismo que las crea y nos las da. ¡Qué fuerza adquieren el amor, la confianza, amabilidad, disponibilidad y entrega, en este hombre nuevo, que hasta ahora había dejado languidecer, encogidos y sin vigor, sus más altos valores y recursos!

3) El hombre redimido se somete enteramente a la voluntad de Dios, tiene un solo Señor (Mt 6, 24) y su anhelo más profundo es adorar y cumplir *en todas las cosas* los designios de Dios. Ahora descubre plenitud de sentido en todo lo que se le confía. Todo se le convierte en motivo de glorificación de Dios; de todo se sirve para colaborar en la magna obra de la Redención universal; lo quiere hacer todo exclusivamente para gloria del Señor y Padre de todos, sin otra paga que la de saber que El lo recibe con agrado; en todas las encrucijadas elegirá el camino de la voluntad de Dios, es decir, irá hacia lo mejor, porque irá hacia Dios mismo. Todo esto colma el corazón humano y lo llena de la plenitud de vida que para nosotros quiso nuestro Salvador.

4) En este hombre que ha logrado su libertad de hijo de Dios y la hace efectiva con una entrega cada vez más profunda a El, se cumplen aquellas *aspiraciones innatas y fundamentales* del ser hu-

mano, a que antes hemos aludido. En verdad, se ve considerado, reconocido en su valor, respetado y amado. Ya puede entregarse y amar sin que lo impidan las desilusiones. Ha llegado a comprender el profundo sentido de la creación entera, pues él mismo se inserta plenamente en el plan salvador. Se sabe seguro y protegido por la poderosa diestra de Dios y experimenta que, a medida que su entrega se hace más radical, los diferentes estratos de su existencia se van ordenando armónicamente, se van santificando, llegan a la plenitud. Este gozo profundo no puede ser eclipsado por las horas de sequedad o la árida espera del paso del Señor.

Nos parece de la mayor importancia que nos acostumbremos a esta manera de ver las cosas. Esta vida maravillosa, no tanto debe ser presentada como resultado de grandes esfuerzos personales por realizar obras concretas —las cuales, de por sí, nunca lograrán sus objetivos— cuanto como aceptación continua, fiel y amorosa de todos los designios que Dios tiene sobre nosotros.

Además, no deberíamos imaginar una existencia así, cual vida de extraordinaria santidad, sino como lo único razonable, normal y propio de nuestro ser de criaturas. Hemos de considerarla como Dios mismo la considera, al alcance de todos. Sólo a nuestros propios pecados y a la debilidad consiguiente se debe el continuo alejamiento del ideal.

Todo esto parece estar de acuerdo con la verdad, no sólo porque hemos sido llamados a la santidad (1 Pe 1, 15-16), sino porque sólo pensando y viviendo de este modo se puede desarrollar plenamente nuestra existencia natural y nuestra vida de gracia, dependientes ambas por completo de Dios y enraizadas en El. A menudo, lo que consideramos normal, no es sino parálisis, atrofiamiento. Y lo que creemos y subrayamos como extraordinario, es común y ordinario para Dios, siempre ansioso de concederlo a todos los que le aman (cfr. I Cor 2, 9).

7. *De la Redención nace el amor al prójimo.*

El hombre redimido rompe el cerco de la estrecha, enmohecida y estéril búsqueda de sí, y sale con amor al encuentro de los hermanos. Este hombre nuevo, tras de comenzar por la sencilla experiencia de que «gozo compartido es gozo doblado», llega a una renovación mucho más honda. Aprende que Dios ama a nuestros prójimos, que Jesucristo quiere vivir en ellos, que el hombre fue creado para amar a Dios y para vivir, aquí y en la otra vida, en comunidad de amor

fraterno. Aprende a derramar amor antes de empezar a recibirlo; más aún, a permanecer fiel en su amor, aunque no sea correspondido. Logra que los demás se abran y se transformen, porque les ama y ellos experimentan ese amor. Sabe que todo cuanto pertenece a la esfera del amor al prójimo despierta, desarrolla, profundiza, fortalece y perfecciona a la persona humana. En resumen, trata al hombre según lo que es: creado por el Amor, para el Amor y elevado a la dignidad de hijo de Dios.

8. *Cristo, el Redentor.*

Todo lo relativo a la salvación tiene su raíz en Jesucristo, por quien Dios realizó y realiza de continuo su obra de salvación. Muy a menudo, al hablar de Cristo redentor, pensamos solamente en su muerte de cruz, que nos ha traído el perdón de los pecados. Así es; pero no es toda la verdad. ¡No nos preguntemos solamente de qué nos ha rescatado, sino también por qué razón lo ha hecho, con qué fin, para qué!

Cristo quiere sacarnos de nuestra situación concreta, impregnada de falsedad; del desorden en nuestras relaciones con Dios y el prójimo; de nuestro temor, raquitismo, apego a la tierra, a lo bajo («declinata voluntas», dice el Concilio de Trento); en una palabra, quiere sacarnos de una cierta situación real y tangible, experimentable. Para esto hubo redención. ¿Cómo se hizo?

Jesucristo nos mostró, por su encarnación, predicación, milagros y, sobre todo, por sus sufrimientos y muerte de cruz, que Dios es un Dios viviente, solícito de nosotros, sus criaturas; que nos busca, nos llama, quiere curar nuestras heridas, nos ama. Sin este fundamento, no podríamos amar. Nuestro amor es siempre la respuesta a una iniciativa divina. Dios nos amó primero (1 Jn 4, 10).

Además, con su ejemplo, Jesucristo nos muestra de modo concreto y experiencial cómo debe comportarse el hombre que vive de Dios. Cuál debe ser su obediencia, su caridad, su alegría (Jn 15, 11), su trato con todo cuanto le rodea, lo mismo personas que cosas. Finalmente, por su amor a los hombres, su fidelidad hasta el fin, su cálida palabra que enseña y suplica, es el modelo perfecto que el hombre redimido debe copiar en las relaciones con el prójimo. Más todavía: es la fuente inagotable del puro amor, de la que todos los días hemos de beber, a fin de poder derramar siempre más y más, en el corazón de nuestro prójimo, el suave licor de la caridad.

Para que podamos realizar todo esto, no sólo se nos presenta como modelo y maestro, sino que nos infunde el Espíritu Santo. El Amor Personal de Dios no se limita a curar nuestras heridas; a sacarnos, sin más, del desorden para que vivamos según lo exige nuestra naturaleza; antes bien, nos eleva y nos hace vivir en un nivel superior a nuestras posibilidades. Poseer la libertad de los hijos de Dios no es tanto el estar desligados *de* algunas ataduras cuanto ser libres, positivamente capaces y dispuestos *para* algo. Este dinamismo de la Redención, esta libertad siempre dinámica y progresiva, respecto a Dios y al prójimo, deben ser el proceso normal de vida y crecimiento para todo cristiano.

Es innegable que sólo por Jesucristo sabemos que Dios se comporta con nosotros lo mismo que el padre con el hijo pródigo. El Verbo nos ha abierto los ojos con su palabra; debemos mantenerlos continuamente abiertos. La salvación es acción de cada instante. Siempre debemos arrodillarnos como el ciego de Jericó delante de Jesús, rogándole: «¡Señor, que vea!»

Únicamente Jesús puede abrirnos los ojos para que veamos a Dios y al prójimo; para que reconozcamos nuestras faltas, seamos dóciles a las inspiraciones exteriores e interiores de la gracia, apreciemos las «abundantes riquezas de su gracia» (Ef 2, 7) y conozcamos «aquel amor de Cristo que sobrepuja a todo conocimiento» (Ef 3, 19); sólo El puede esclarecernos el misterio del Cuerpo Místico, de María, de palabras de vida como éstas: «Yo le amaré y yo mismo me manifestaré a él» (Jn 14, 21), o bien: «Ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman» (1 Cor 2, 9).

El cristiano que vive de la fe, en ocasiones experimenta con claridad cómo realmente «algo se le ha abierto», tiene una como experiencia del verdadero valor de la Eucaristía, de la comunidad parroquial, del amor al prójimo. Son éstas consecuencias de la Redención.

Mas no por ello deja de ser necesaria la constante redención de nuestra manera de pensar y de sentir, de nuestra voluntad, de nuestros actos. Se trata de un proceso continuo y experiencial, necesario a todo el que quiera crecer espiritualmente. Por ejemplo, la profunda conversión que expresamos en la petición del Padrenuestro, «hágase tu voluntad», y que se nos representa con la imagen de la «puerta angosta» (Mt 7, 13), la hemos aprendido también de Jesu-

cristo, quien nos alienta a que la pongamos por obra para llegar así a la libertad de los hijos de Dios.

Algo distinta fué la experiencia de un arquitecto que, fiado en la palabra divina, intentó una obra ardua. Acababa de incorporarse a un grupo apostólico, y como primera labor recabó para sí la de visitar a un hombre que había intentado suicidarse. De camino, le oprimía la angustia; mas, de regreso a su casa, estaba, así lo contó él mismo, rebosante de una felicidad hasta entonces desconocida. Se había arriesgado a hacer algo, apoyado en la palabra de Dios, y había despertado a nuevas posibilidades. Se sentía completamente inundado de una plenitud y libertad insospechadas. Al repetir luego con frecuencia semejantes acciones, podía afirmar: Esto lo he aprendido de Jesucristo.

De ese modo, el Redentor está y actúa siempre con todos aquellos que quieren seguirle. El hombre, obrando por Cristo y bajo su guía, experimenta una salvación que debemos considerar como parte del misterio de la salvación universal. «Quien atentamente considera la ley perfecta, la de la libertad, ajustándose a ella, no como oyente olvidadizo, sino como cumplidor, éste será bienaventurado por sus obras» (Sant 1, 25), éste experimenta la libertad de los elegidos.

9. *Importancia de semejante enfoque para la juventud.*

Desde muchos puntos de vista, podríamos hacer ver la importancia de esta presentación del misterio redentor. Contentémonos con cinco.

1) La realidad salvífica, en lo que tiene de hondamente transformador de nuestra existencia, no debemos presentarla cual doctrina imposible de experimentar vitalmente. Es redimido, aparte de la redención que se otorga a los niños al bautizarlos, únicamente quien por su conversión y modo de vivir, abraza y promueve las verdaderas relaciones con Dios.

El hombre vive en desorden evidente y palpable, está enfermo, según expresión del mismo Jesús, y, por tanto, necesita de un médico (Mt 8, 13). Puede decirse que esta enfermedad es el pecado, pero no en el sentido de que el pecado sea, ante todo, una transgresión de tal o cual mandamiento divino. La enfermedad tiene raíz más profunda: es el trastorno, desequilibrio, parálisis y falta de libertad en todas nuestras relaciones con Dios y el prójimo. Los pecados concretos son manifestación externa de un mal interno y funda-

mental. Por el primer mandamiento, Jesús nos llama a la salvación y pone ante los ojos de nuestra alma, como fin obligatorio y necesario, la imprescindible realidad salvífica. Llevar a madurez todo cuanto se nos exige en ese estado y vida sobrenaturales, tal es el sentido verdadero de la Salvación y de la Redención.

2) Si de esta forma presentamos al joven la Redención y lo que en los hombres hay de no redimido, se dará cuenta de las muchas posibilidades que tiene. Mejor dicho, llegará al conocimiento de lo mucho que Dios espera de él — miembro del Cuerpo de Cristo— y de las cimas a que quiere elevarlo si no se obstina en permanecer en una religiosidad mezquina. Esta visión y conciencia le empujan hacia una vida colmada, cuya alma es la fe. Sin duda, tan feliz resultado no reza con todos. Tal vez los de fe vacilante no puedan llegar a este ideal; es meta para el cristiano resuelto, que ha dado con sincera decisión el sí a Dios y a Cristo.

3) Por medio de una presentación concreta de nuestra condición de rescatados y de los horizontes que ella nos abre, el joven catequizando llega a saber con mayor facilidad cómo debe ir a Dios en cada momento de su vida. Sobre todo, se tratará de una actualización más profunda de su fe. Actualización que él no enfoca como precepto, consejo, regla de perfección o esfuerzo por avanzar, sino como despliegue cada vez más amplio de la naturaleza que Dios le dio y como plenitud desbordante de la vida de gracia.

4) Dentro de esta perspectiva se puede comprender mejor a los santos, en su caminar hacia la plenitud cristiana. Muy a menudo, los jóvenes falsean a los santos; los consideran más bien (prescindimos de otras visiones unilaterales) desde el punto de vista de la intervención maravillosa de Dios en sus vidas. Fácilmente se las trueca en una competición olímpica, lo cual paraliza al joven, ya que se siente sin fuerzas para imitarlas.

Los santos pueden considerarse de modo muy diferente. Por ejemplo, al contemplar a Catalina de Siena cuando visita en la prisión a un joven que, desesperado aguarda la muerte, y lo prepara para la primera y última comunión, y le sostiene amorosamente la cabeza en el patíbulo, mientras dulcemente le susurra al oído el nombre de Jesús, hasta que la espada del verdugo se la dejó en sus manos, salpicándola de sangre, no hay que ver, ante todo, «la maravillosa actuación de una santa», sino la manifestación externa de las energías interiores del redimido, a quien el amor de Cristo ha dado libertad y nueva y superior fortaleza.

Esto significa para nosotros que no tanto debemos incitar a los jóvenes a la plenitud y perfección de la vida cristiana valiéndonos de preceptos y hablando de hechos heroicos, cuando tratar de descubrir y promover, con el ejemplo de los santos, las ocultas energías de naturaleza y gracia, que Dios ha puesto en nosotros y quiere actualizar cuando nos comprometemos sin reserva a colaborar con El.

Naturalmente que el caminar por esta senda lleva consigo las más serias preocupaciones y esfuerzos. Pero quede claro que no son los resultados lo que se me exige, antes bien, la disponibilidad y entrega confiada a Dios; pues no son nuestras obras las que nos redimen, salvan y santifican —«de gracia habéis sido salvados» (Ef 2, 8)—, sino la acción de Dios. Nuestros esfuerzos se reducen a colaborar, a no poner impedimento para que Dios obre en nosotros. Consisten en disponibilidad, entrega, atención y prontitud; en dejarse guiar, en desear con ardor, no desanimarse, creer, esperar con paciencia; perseverar en obediencia constante, y hacer de la vida un sí humilde a la voluntad de Dios, en un amor que nunca se arredra, amor que Dios siempre regala —y lo imparte con abundancia y vigor— a quien constantemente lo pide.

5) Hay fundamento para afirmar que sólo puede dar testimonio de su fe quien, detrás de la doctrina, percibe e irradia algo, algo siquiera, de experiencia religiosa. Quien, por el contrario, sólo repite lo que ha aprendido de memoria, no puede dar verdadero testimonio. Únicamente es capaz de ser testigo de Cristo quien percibe en sí mismo que su mirada y su vida son claras ante Dios y los hombres, quien se siente libre y experimenta que una vida brota en su interior, por obra de la palabra divina que albergó en su alma. Este puede decir: Antes yo era así o asá, pero ahora soy diferente; este cambio lo he realizado yo, lo he palpado en mi propia carne, lo he percibido en mi propia alma. Entonces su palabra podrá convencer, porque lleva en sí el peso de la vida auténtica.

10. *Recapitulación.*

Cuanto llevamos dicho quizá es menos provechoso para los niños, dispuestos a creer sin ser aún capaces de reflexión, que para los adolescentes y jóvenes o adultos, los cuales necesitan pensar en este problema de vitalización de la doctrina. Mas también a los niños el hecho religioso ha de penetrarlos vitalmente, aunque ellos no puedan reflexionar todavía sobre el particular. Señalemos, a este propósito, que las notas referentes a la vida de los hijos de Dios conte-

nidas en la reciente obra *Glaubensbuch* (págs. 155-171 y 220-222) ponen ante los ojos, en primer lugar, al hombre redimido, al hijo de Dios y su vida en El. La fuerza libertadora y la riqueza de recursos dinámicos y formativos que tal doctrina atesora provienen, allí como en el presente estudio, de unas mismas bases teológicas.

Aplicada a los jóvenes, esta doctrina vale tanto para los que tienen una fe sólo incipiente o mediocre como para los que observan con fidelidad los deberes evangélicos. Esta manera viva de presentar la fe contiene amplias posibilidades para el despertar religioso y es un terreno de la pastoral juvenil que hasta ahora ha sido muy poco explotado.

Si queremos resumir en ceñidas frases los principios y orientaciones expuestos, cabe decir lo siguiente:

1) Aunque muchos aspectos de la Redención son imposibles de descubrir experiencialmente, hay otros que repercuten en la experiencia vital. Es necesario sacar partido de esta proyección humana y perceptible, cuando se habla de la Redención.

2) La misma Redención no es sólo liberación de algo negativo, ni un mero don que escapa a la experiencia, sino que es también liberación en los estratos visibles y palpables de la vida.

3) La Redención —el retorno a la auténtica libertad en nuestra vida, experiencial y tangible, de relaciones con Dios y el prójimo— es al propio tiempo santificación, ya que estriba precisamente en dar curso y eficacia a las fuerzas del amor para que nazca de ellas el amor auténtico.

4) Esta experiencia vital del cristianismo no es accesible al puro conocimiento natural; se trata más bien de experiencia que brota de una vida impregnada de fe; consiste en experiencia de fe y de amor. Tan sólo puede experimentarse redimido quien no tiene del cristianismo la concepción precristiana de «fidelidad a cierto conjunto de normas morales obligatorias», antes vive penetrado y movido por las decisiones profundas y la conversión que el Nuevo Testamento nos ha anunciado; quien se mueve por la fe en el Dios vivo, en su Voluntad salvífica, en su Providencia, en su Amor; quien se pone por entero bajo el paterno dominio de Dios y hace de El el centro y el norte de su vida, y cree, y trata siempre de cumplir lo que Dios nos revela y pide de nosotros; quien ha optado por creer con fe íntegra y plena, y por vivir en el amor y, por ello, ha conseguido la verdadera libertad.